

► NUESTRAS MEMORIAS Y OTRAS HISTORIAS ◀

DE PROSCRITO A GENERAL. Con la batalla de Almansa del 25 de abril de 1707, concluyó en nuestro territorio la guerra de Sucesión entre los ejércitos franco cas-

tellanos del Borbón Felipe V y los aliados europeos partidarios del Archiduque Carlos de Austria. Los grandes protagonistas de ambos bandos no tardaron

en encontrar algún lugar bajo el sol. Sin embargo, el olvido perdura sobre la figura del valenciano Juan Bautista Basset, mítico general de las tropas aliadas

Juan Bautista Basset, el olvidado (I)

JOSE LUIS TORMO

Juan Bautista Basset y Ramos, el más famoso y popular general valenciano de cuantos participaron en la guerra de Sucesión en nuestras tierras, nació en Alboraya en 1654. Siendo su padre ebanista y dorador cabe suponer que desde muy joven comenzaría a aprender el oficio en el taller familiar aunque, desde luego, no tuvo tiempo para perfeccionarse porque a los quince años tuvo lugar un hecho fundamental que marcaría su vida para siempre. Durante una de sus frecuentes riñas, uno de sus rivales cayó muerto. Con las autoridades militares del Reino de Valencia en plena campaña represora del abundante bandidaje, Juan Bautista se acogió a una de las modalidades de conmutación de pena más comunes en la época: el indulto a cambio de servir como soldado del rey de España, el enfermizo don Carlos II un niño, entonces- en los tercios de Nápoles durante al menos cinco años. En 1670 fue embarcado con ese destino.

Cumplido su compromiso con la ley, Basset no regresó a España. Durante los siguientes años estuvo viajando por diversos países europeos enrolándose como mercenario en los reducidos ejércitos de algunos pequeños estados alemanes. Así trabajó amistad con el conde George de Darmstadt, un joven militar aristócrata, hijo del señor de Hesse-Darmstadt, a cuyo servicio permaneció una larga temporada durante la cual estudió ingeniería militar. Obtenido el título que le acreditaba como tal, Juan Bautista viajó a Cataluña acompañando al conde Darmstadt cuando en 1695 el rey Carlos II «el Hechizado» le nombró virrey de aquel territorio. Allí permaneció los siguientes cinco años.

Muerto sin sucesión Carlos II en 1700, el trono de España fue ocupado por el francés Felipe V de Borbón, nieto de Luis XIV. Disconformes ante el enorme poderío que ello suponía para Francia, el resto de potencias europeas exhibieron su propio candidato: el Archiduque Carlos de Austria, proclamado en Viena rey de España en 1703. Había estallado la Guerra de Sucesión. Las hostilidades comenzaron el 28 de julio de 1705, cuando una enorme escuadra de naves aliadas -con el Archiduque Carlos a bordo-, salía de Lisboa rumbo a las costas mediterráneas. Al frente de tan formidable armada viajaba precisamente George de Darmstadt, antiguo virrey de Cataluña. A su lado, su amigo Juan Bautista Basset, lugarteniente con el grado de mariscal que a sus extensos conocimientos militares añadía la nada desdeñable ventaja del conocimiento de la lengua y la idiosincrasia de los valencianos. Junto a él, Francesc García de Avila, un veterano combatiente de las luchas antinobiliarias de años atrás, nacido en Castelló de Rugat y auténtico mito entre los campesinos. Llegada la espectacular flota a



Soldados de Felipe V



El Archiduque Carlos de Austria

nuestras costas pero negado por las autoridades de Alicante el desembarco que se pretendía, deseo que fue respetado porque la plaza alcantina aún lamía sus heridas tras el brutal bombardeo francés de catorce años atrás, el puerto siguiente fue el de Altea. Allí anclaron once naves el 10 de agosto mientras el resto proseguía viaje hacia Barcelona, futuro cuartel general del Archiduque. El conde Darmstadt y Basset se despidieron efusivamente deseándose suerte. Ambos estaban lejos de sospechar que no se verían más. Un mes más tarde, el 14 de septiembre, caía George de Darmstadt a la edad de 45 años durante una refriega en Montjuich.

En Altea desembarcaron Basset y Avila, dispuestos a cumplir su misión en tierras valencianas que, en principio, no era otra que la agi-

tación, la propaganda y el reclutamiento de tropas entre las clases más populares. Los argumentos que esgrimían eran contundentes. En una sociedad pobre y asfixiada por los impuestos y las tasas, lo que Basset pregona era una exención total de tributos, incluidos los que los campesinos debían pagar por introducir sus productos en las ciudades prometiendo, además, la revisión de los derechos de los terratenientes. Así de maravilloso se presentaba el horizonte para los campesinos si abrazaban la causa del aspirante al trono, el Archiduque Carlos. Simultáneamente, advertía sobre la amenaza que, para la supervivencia de los Fueros valencianos, suponía la vigente presencia de un rey francés en el trono de España. Con tal perspectiva y ganada Altea con la ayuda del entusiasta

párroco local, la revuelta añadía cada hora nuevos adeptos dispuestos a empuñar las armas contra el Borbón. El siguiente paso, mucho más difícil, era Denia cuya adhesión a la nueva causa fue sorprendentemente simple. Un Basset crecido, inició su marcha hacia Valencia acompañado por un incipiente ejército de labradores que aumentaba según iban atravesándose los pueblos. Conquistada Oliva sin disparar un sólo tiro, pronto se adhirieron al movimiento poblaciones tan grandes como Gandía y Alzira, mientras las primeras ramificaciones de las tropas de Basset tomaban, siguiendo sus indicaciones, focos tan decisivos como Xàtiva, Vinaroz o Benicarló sin que los generales de Felipe V, sorprendidos por el empuje de las masas que comandaba Basset, se decidieran a tomar -aúnrepresalia alguna. Mientras tanto, las fuerzas vivas borbónicas presentes en tierras valencianas huían masivamente en dirección a Castilla.

Con inusitada rapidez, el ejército de campesinos que comandaba el general ingeniero de Alboraya llegó a las puertas de Valencia en diciembre de ese mismo 1705. Poco después el ausente archiduque Carlos de Austria era proclamado -prematura, pero solemnemente- rey de España con el nombre de Carlos III. Sin embargo el nuevo monarca que desde la ciudad Condal seguía asombrado la facilidad con la que tropas no entrenadas ganaban para su causa las plazas más difíciles, varió, inesperadamente, su estrategia. A esas alturas, la máxima autoridad para el pueblo era un desconfiado Basset que se extrañaba de los silencios de don Carlos a sus reiteradas peticiones sobre su nombramiento formal como virrey del conquistado territorio valenciano, cargo que ya ostentaba en la práctica. La respuesta a su estupor no tardó en presentarse.

Confiados en las promesas recibidas y siguiendo las instrucciones de Basset, -que no inventaba nada, ya que eran las directrices ordenadas por el Archiduque-, los labradores no pagaban ni rentas ni tributos a los propietarios de los terrenos en los que trabajaban. Las mercancías circulaban libremente y eran vendidas sin tasa añadida alguna. Los grandes terratenientes, muchos de ellos afectos a la causa del nuevo monarca austriaco, comenzaron a quejarse amargamente de la actitud de Basset. Y el rey, ávido de fondos, no tardó en considerar a su leal colaborador como un obstáculo a eliminar. Molestaba su exacerbado caudillismo y preocupaba -y mucho- su actitud irreductible y hasta violenta con los señores, fueran o no borbónicos y por lo tanto, enemigos. Concluía el año de 1705 y Juan Bautista Basset no podía sospechar que, entre su propio rey y Lord Peterborough, general jefe de las tropas aliadas, estaban concibiendo una conspiración para acabar con él.

PERSONAJES CON NOMBRE DE CALLE

Grabador Esteve

J.L.T.

Antes de cumplir los 23 años, el joven Rafael Esteve Vilella ya era miembro de mérito de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando de Madrid. Tan precoz triunfo no se debió a la suerte aunque hay quien asegura que pudo influir un poco el hecho de que su señor padre, don José Esteve, fuera en aquel momento, -hablamos del año 1796-, grabador de cámara del rey don Carlos IV. Habladurías sin duda, que tratan de poner en entredicho las indiscutibles prendas que adornaban a Rafael Esteve, nacido en Valencia en julio de 1772, tenaz estudiante de pintura y grabado en la recién constituida Academia de San Carlos de Valencia.

Dándose a conocer de tan expeditiva manera consiguió ser nombrado grabador de cámara de la corte de don Carlos IV, como lo había sido su padre pero, en su caso, a la tierna edad de 29 años. Y cuando todo comienza a ser de color de rosa, de pronto, don Carlos IV abdica en su hijo, el antipático Fernando VII, nos invaden los franceses, estalla la Guerra de la Independencia de 1808 y Rafael Esteve se marcha a Cádiz con el gobierno constitucional, -grave error, políticamente incorrecto-, a la espera de novedades que, en efecto, llegarán cuando -concluida la invasión napoleónica-, se presente de nuevo en la corte reivindicando su puesto como grabador real y sea enviado a la porra hasta el año 1815 en el que Esteve, aliviado, recupera su empleo y, lo que es más importante, el favor real.

Como el grabado era la única forma conocida de copia y reproducción masiva de dibujos y pinturas, la fama de nuestro Rafael trasciende todas las fronteras porque se enfrenta al estudio de obras de artistas tan idolatrados como Velázquez o Murillo, sin contar su amistad y colaboración con Goya. Tal llega a ser su reconocimiento que en la Exposición Internacional de París fue aclamado como «mejor grabador del siglo» y eso que sólo estaban en 1839.

Nuestro gran maestro, que arrastraba una enfermedad pulmonar crónica, falleció en octubre de 1847 a los 75 años de edad.

▶ NUESTRAS MEMORIAS Y OTRAS HISTORIAS ◀

AMARGO FINAL. Basset había logrado que la práctica totalidad del Reino de Valencia se pusiera del lado del Archiduque Carlos de Austria en su con-

tienda bélica con Felipe V de Borbón por el trono español, tras la reacción beligerante de diversas potencias europeas, nada dispuestas a consentir que

las ansias imperialistas francesas se vieran reforzadas con la presencia de un monarca nieto del rey francés Luis XIV al frente de la corona de España.

Juan Bautista Basset, el gran olvidado (y II)

JOSE LUIS TORMO

El año 1706 comenzaba con los peores presagios para un Juan Bautista Basset de 51 años, expedido general de los aliados europeos nacido en Alboraya que, desde su desembarco en Denia a principios del agosto anterior, había ganado las poblaciones más importantes para la causa del austríaco con escasa respuesta militar del ejército franco-castellano borbónico.

Su actividad fundamental se había limitado a la propaganda entre los campesinos que, combinada con la prometida exención de casi todos los impuestos y las acciones, a veces violentas, contra los privilegios de los propietarios, habían acabado por hacer de Juan Bautista Basset un personaje tan popular e idolatrado entre las capas más modestas como odiado y temido entre las acomodadas, fueran o no fueran afectas a la candidatura del Archiduque Carlos que, en su cuartel general de Barcelona, se cansaba de recibir quejas por la actitud próxima al caudillismo de su general valenciano y por los excesos, al parecer consentidos, de algunos de sus lugartenientes que se adjudicaban a sí mismos los bienes confiscados a los terratenientes.

El aspirante austríaco también necesitaba fondos para mantener sus ejércitos y no estaba dispuesto a consentir que la actitud irreducible de Basset le granjeara más enemistades entre los grandes señores de cuyas fortunas podrían nutrirse sus arcas y decidió acabar con él. El asunto era delicado, por cuanto la popularidad del general ingeniero de Alboraya era tan inmensa entre los campesinos que cualquier error podría suponer grandes alteraciones del orden público y nadie entendería que el Archiduque mandara sus tropas a reprimir a quienes tan duramente combatían por su candidatura en el momento en el que las tropas borbónicas iniciaban su campaña sobre el Reino valenciano.

Severas derrotas

A principios de aquel 1706, los suministros de la ciudad de Valencia quedaron cortados y los intentos por restablecerlos supusieron severas derrotas para el ejército de Basset en plazas tan importantes como Burjassot y Chiva. La estrategia del Archiduque —ya proclamado rey Carlos III— se vio inmediatamente. A finales de enero, desde Barcelona, nombraba virrey del Reino al Conde de Cardona, un noble como los que combatía Basset y poco después, a principios de febrero, enviaba

a Valencia un fuerte contingente armado a las órdenes de Lord Peterborough, general inglés jefe de las tropas aliadas europeas con la excusa de «ayudar» a los ejércitos de campesinos.

Basset se dio cuenta del sospechoso ninguno al que era sometido cuando, a los pocos días, era destinado por el inglés a custodiar las poblaciones de Alzira y sobre todo de Xàtiva. Ello suponía su alejamiento del centro de toma de decisiones y las manos libres para las nuevas autoridades que pretendían congraciarse con la nobleza castigando ejemplarmente a los autores de los recientes abusos contra sus propiedades. No tardó el propio Juan Bautista en ser, a su vez, traicionado por sus superiores. A mediados de aquel junio de 1706 era objeto de una emboscada en Xàtiva y, acusado de idénticos cargos que sus oficiales, apresado en las mazmorras del castillo. Las protestas y los disturbios, tal y como temía el alto mando del austríaco, no tardaron en desatarse. En la ciudad de Valencia las masas se rebelaron al grito de *Vixca Basset abans que Carlos Tercer...* A la vista del cariz que tomaban los acontecimientos, el prisionero fue trasladado a Denia, luego a Tortosa y posteriormente, en diciembre, al castillo de Lleida, donde se le concedió prisión atenuada. En el Reino de Valencia, mientras tanto, los acontecimientos se precipitaban.

Preso Basset, el nuevo Carlos III había entrado en la ciudad el 30



EL MUNDO
Felipe V, durante la época de Basset.

de septiembre de 1706 en loor de multitudes. Tras el consabido *Te-Deum* en la Catedral, observó los fastos y las procesiones que se le ofrecían desde el balcón del Palau de la Generalitat. Hospedado en la lujosa casa del Hort de Pontóns, cerca de Patraix, su estancia se prolongó durante poco más de cinco meses. Juró los Fueros e hizo relaciones públicas con la nobleza que antes combatió. Las clases populares no entendían nada. Durante los últimos meses, mucha gente había muerto defendiendo su causa y el añorado rey parecía preferir ahora los largos paseos por la Albufera a dar buena cuenta de sus enemigos.

Carlos III abandonó inesperadamente Valencia en dirección a Bar-

celona el día 7 de marzo de 1707. A nadie extrañó. Los ejércitos borbónicos estaban concentrándose organizadamente en varios pueblos cercanos a la frontera del reino con Castilla. El 25 de abril de ese 1707, las tropas castellano francesas venían en los alrededores de Almansa a un heterogéneo ejército de aliados ingleses y portugueses. La batalla de Almansa iniciaba una rápida y sangrienta reconquista borbónica de todo el territorio valenciano. La corte barcelonesa del Archiduque recibió atemorizada la noticia del desastre y, tímidamente, se tomaron algunas medidas. Una de las primeras consistió en excarcelar a Basset para que, amnistiado de toda acusación, tratara de impedir que la capital del Reino cayera en manos de los ejércitos de Felipe V.

Sin embargo, tras casi un año prisionero por orden de sus propios superiores, ni Basset era el mismo ni sus leales actuaban con idéntico entusiasmo. Fracasada su misión en Valencia, regresó a Denia en junio de 1707 para intentar comenzar desde el principio.

Era evidente que su prestigio, apenas transcurridos dos años desde el inicial desembarco en el puerto dianense, había menguado mucho. Cuando pretendió retomar el mando de las tropas sin sujetarse a la autoridad de nadie excepto la suya, el gobernador de Denia, tan afecto al Archiduque como él mismo, volvió a encarcelarlo. Esta vez, durante seis meses.

Capturado una vez más

La guerra de Sucesión había terminado en el Reino de Valencia con el triunfo militar de Felipe V de Borbón cuyas conocidas consecuencias políticas fueron inmediatas. Las escaramuzas, no obstante, proseguían en Cataluña y allí marchó Basset, cuya actividad militar se prolongó durante otros siete años. En septiembre de 1714, con la toma definitiva de Barcelona por las tropas borbónicas, Juan Bautista Basset fue capturado una vez más y, acusado de múltiples cargos, conducido hasta Alicante. Fue uno de los centenares de cautivos que tuvo que desfilar arrastrando sus grilletes frente a la familia real antes de iniciar un larguísimo peregrinaje hasta la cárcel guipuzcoana de Hondarribia donde permaneció otros cinco años. A finales de 1719, un general Basset de 65 años salía de nuevo en libertad. Repitiendo su singladura de medio siglo atrás, volvió a embarcarse rumbo a Italia. La historia se lo tragó cuando, buscando ayuda, regresó a la Centroeuropa que fue escenario de su lejana juventud.

PERSONAJES CON NOMBRE DE CALLE

General Lacy

J.L.T.

General declarado *benemérito de la Patria en grado heroico*, don Luis de Lacy Gautier, hijo de un comandante irlandés que servía en el ejército español y de una dama de ilustre cuna con múltiples ascendientes militares, nació en el campo de Gibraltar (Cádiz) en 1775.

De carácter díscolo y aventurero, a los catorce años ya intentó desertar por primera vez para enrolarse en la armada holandesa pero no llegó a materializarse su intento. Fue ascendido a capitán y, a los 23 años, destinado a las Canarias para gran disgusto de sus superiores. Poco después, naturalmente, era trasladado a la isla del Hierro como castigo por una serie de lances amorosos que pretendió con quien no debía. Del irascible temperamento de Lacy podía esperarse todo, excepto que se dedicara a mandar cartas insultantes a su Capitán General. Poco después, tras breve consejo de guerra, ingresaba en el penal de Cádiz para, a los 28 años, ser declarado oficialmente «loco» y ser expulsado del Ejército.

Ahí no concluyó —más bien comenzó—, su auténtica carrera militar. Se alistó en el ejército francés en el preciso momento en que Napoleón Bonaparte soñaba invadir España a cuyo territorio fue, casualmente, enviado en 1807 al frente de un nutrido batallón. ¿Qué habría hecho cualquiera de nosotros? Lo que hizo Lacy. Desertar y pasarse al enemigo. La sangre tira mucho. Las acciones heroicas del nuevo Lacy —otra vez militar español— defendiendo su patria, se contaron por docenas durante la Guerra de la Independencia. Sus defensas temerarias del reino de Valencia (en Alicante se perpetuó su estirpe) y su carácter honrosamente agresivo, le condujeron al cargo de Capitán General de Cataluña (1811-1814). Por eso se explica menos que su lealtad y su arrojo acabaran conduciéndole al fusilamiento a los 42 años en el castillo de Bellver (Mallorca, 5 de julio de 1817) cuando, expulsados los franceses de la patria, el rey Fernando VII conociera que Lacy había liderado una fracasada conspiración contra su egregia persona. Tres años después, su figura fue reivindicada por las Cortes Españolas y eso que Fernando VII todavía andaba, el pobre, por ahí.



El castillo fortaleza de Denia.